

LA ESPADA TOLEDANA

Discurso de ingreso leído el día 23 de Junio de 1953, en la Sesión Pública celebrada dicho día por la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, por el Académico Electo D. José Relanzón García-Criado.

EXCMAS. AUTORIDADES:

ILUSTRES ACADÉMICOS:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Antes de empezar la lectura de este modestísimo trabajo, quiero manifestar de una manera pública, a esta docta Casa, mi profundo agradecimiento por haberse fijado en mi modesta persona para ocupar este sillón, que realmente no merezco.

No alcanzo a comprender qué méritos poseo, para merecer este puesto, al no ser mi gran afición al Arte y, como consecuencia lógica, mi amor a nuestro histórico y artístico Toledo, a cuyo servicio hemos de dedicar todos nuestros desvelos, los que por unas u otras razones estamos íntimamente ligados a él.

Faltaría a la franqueza, si no os dijera la íntima satisfacción que para mí supone este nombramiento, no por razones de orgullo o presunción, tan ajenas a mi carácter, sino por muy otras de carácter sentimental y familiar.

Es la primera, el ocupar la vacante de un ilustre paisano que dedicó su vida al pincel: me refiero al pintor toledano D. Pablo Manzano Arellano, nacido en Mascaraque.

Pródiga, variada y magnífica es la obra que nos dejó este artista, aunque muy poco conocida de los toledanos. En su juventud dió sus primeros pasos por el alucinante y áspero camino del Arte, de la mano de aquel otro pintor de grata memoria, D. Matías Moreno, y tras corta permanencia en el taller de este maestro,

se trasladó a Madrid, terminando sus estudios en la Real Academia de San Fernando bajo la tutela de D. Federico de Madrazo. Terminado su aprendizaje, ocupó una plaza de Profesor de pintura en Santander.

Sus ansias juveniles y sus inquietudes de artista le llevaron a América del Sur, donde triunfó plenamente durante su larga estancia, llegando a ocupar una plaza de Profesor de pintura en el Colegio Nacional de Buenos Aires, centro artístico similar a nuestras Academias de Bellas Artes.

Cultivó con éxito distintas ramas del arte pictórico: el retrato al pastel, el óleo en paisaje y costumbrismo y la difícil pintura mural decorativa, modalidad artística en la que más se destacó. Muestra de su destreza en el retrato son: los del Conde de Heredia Spínola y Mesonero Romanos, existentes en el Museo Municipal de Madrid. En el Museo de Arte Moderno hay dos magníficos lienzos: «Los Isidros de compras» y «Vista de Toledo».

Entre sus obras murales destacan: el plafón del salón de actos del Orfeón de San Román y San Antonio, en Madrid, y varios techos ejecutados en los edificios de «El Correo Español» y el «Club Español», ambos en Buenos Aires.

Cuando ya los años habían mermado sus dotes de artista, al extremo de tener que abandonar los pinceles, retornó a su Toledo, obedeciendo sin duda a esa mágica atracción que esta artística y sin par ciudad tiene para todos aquellos que fomentan o han fomentado el espíritu. En esta triste época de su vida, ya en el ocaso, tuve el alto honor de conocerlo; a pesar de encontrarse viejo y achacoso, su juicio y crítica artísticos denotaban sus profundos conocimientos del oficio.

Esta docta Corporación premió su limpia vida de honrado pintor nombrándole Académico Electo, y tomó posesión el 28 de Marzo de 1943, galardón del que poco disfrutó, ya que el 10 de Junio de 1949 descansaba en la paz del Señor.

Digna es de imitar por los pintores jóvenes la vida artística de este ilustre pintor toledano, que con su arte puro y su personalidad dejó muestras de su obra en dos partes del mundo, enaltecendo así el adjetivo de «toledano».

La segunda razón es, el hallarme en este solemne acto, en este histórico y magnífico Salón de la Casa de Mesa, en cuyo ámbito aún flota para mí el eco de una voz queridísima: la de

aquel gran toledano que con su pluma sagaz, su constancia y su entusiasmo, tanto hizo por la defensa de los intereses artísticos de la Imperial Ciudad: me refiero a mi abuelo, D. Juan García Criado, que ocupó uno de estos sillones desde la fundación de la Academia hasta su fallecimiento.

A estos dos dignos Académicos, que ya no pueden oírme, dedico con todo afecto y cariño este modestísimo trabajo.

LA ESPADA TOLEDANA

He extractado lo más posible lo poco que he podido encontrar sobre la materia, ya que es muy escasa la bibliografía que trata del particular, y especialmente en lo que a Toledo se refiere, únicamente se encuentran algunas citas, sobre todo de la fabricación antigua, que sin duda sería la más interesante. No obstante, creo que con lo que a continuación se expone podemos darnos una idea suficientemente detallada de lo que fué aquella industria, hoy casi desaparecida. Para su mejor orden, estudiaremos tres puntos: *El origen de la espada y su evolución a través de los tiempos.*—*La espadería en Toledo.*—*El por qué de la fama de los aceros toledanos.*

Origen de la espada y su evolución a través de los tiempos

Difícil es precisar la fecha y lugar de la aparición de este arma, bella y gallarda como ninguna, la que ha recibido mayor variedad de formas, empleándose en su construcción los más diversos materiales, desde la piedra al acero, pasando por la madera, el hueso, etc., y cuyo empleo ha sido y es común a todos los pueblos y civilizaciones del mundo, que la han honrado y distinguido, simbolizando en ella la estima que merece, pues «es símbolo de la Caballería, emblema de la Justicia, de la Fuerza y el Castigo. Representa la idea del Poder Soberano y el genio de los Conquistadores». Su nombre está íntimamente ligado a la caballería, y por eso su uso ha sido siempre privilegio de caballeros y honra al que la ciñe, en contraposición al cuchillo y el puñal, propios de rufianes.

¿Cuándo apareció la espada? ¿Apareció como arma de guerra o de caza? No es fácil aclarar estos puntos, pero lo intentaremos, razonando nuestro punto de vista, que es apoyado por la opinión de los arqueólogos. La primera necesidad apremiante del hombre prehistórico sería, sin duda, atender a la subsistencia propia y de la prole, y éste sería el origen de la caza, pues no cabe duda que el hombre nació carnívoro. Esta primitiva lucha del hombre con los animales, con arreglo a sus tamaños, haría necesaria un arma en cada caso: la más elemental para el fin que se proponía no cabe duda que sería la piedra (primer arma arrojadiza), y después, o tal vez al mismo tiempo, las ramas de los árboles (primer arma contundente). Y no es dudoso suponer el que a alguno de aquellos seres primitivos se le ocurriera aguzar la punta de una estaca, con el fin de herir de punta y a distancia, y he aquí el nacimiento de la primera espada. El hombre empieza a conocer el trabajo de la piedra y el hueso y aparecen las puntas de flechas y cuchillos de sílex; a continuación, las armas de piedra (hachas de mano y puñales), ya que este material no se presta para hacer espadas por la longitud de las mismas, incompatible con lo quebradizo del material.

Pero aparecen los metales, y con ellos la espada como tal, y que a través de los siglos poco ha de evolucionar en su técnica e incluso retroceder a su formología primitiva. Las de la Edad del Bronce, espadas más bien cortas, con dos filos y anchas hojas y puntas poco agudas, sin cruz y empuñadura sencilla. Como características de este período, podemos señalar las argáricas y celtas, casi siempre con nervio central y empuñadura fundida de una pieza, llegando sus longitudes hasta los 60 cms.

Con la aparición del hierro, se consigue aumentar su longitud y reducir su peso, así como aparecen los canales o vaceos, a lo largo de sus hojas, naciendo la espada ibérica, que fué posteriormente copiada por los galos y romanos.

La prototipo de la época es, sin duda, la falcata, tanto por sus formas peculiares como por su técnica y arte, y cuyo uso duró desde el siglo IV a. de J. C. hasta finales del I a. de J. C. Su origen no está bien determinado, aunque puede asegurarse que su creación es obra griega o tal vez etrusca, pero desde luego mediterránea, justificando esta teoría el marcado sabor oriental de su hoja. Por los ejemplares hallados en nuestra Península,

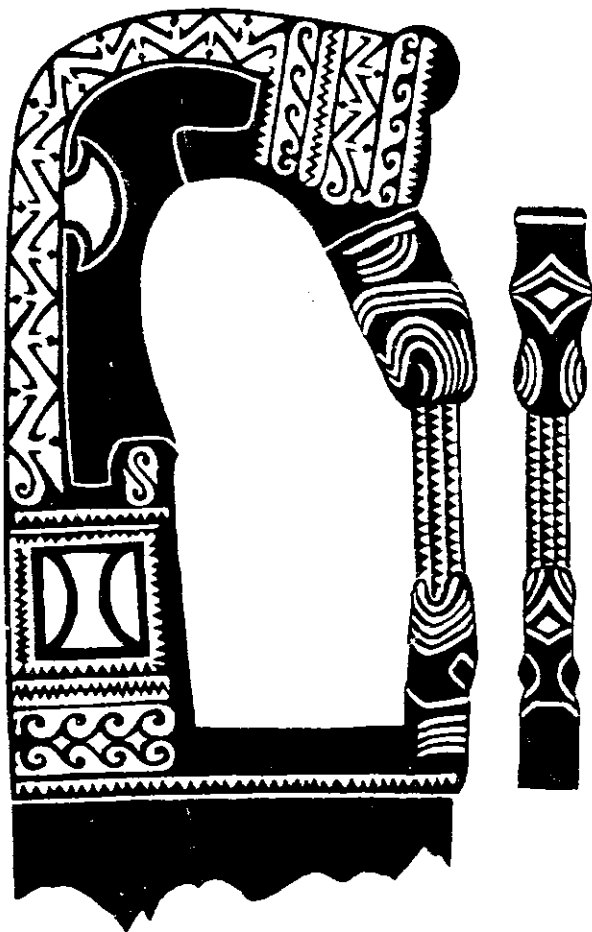
puede afirmarse que entró por Levante con su característica empuñadura de cabeza de ave con corvo pico (tal vez cabeza de águila), análogas a las encontradas en yacimientos arqueológicos del Mediterráneo oriental. En algunos ejemplares se inicia el guardamano, consistente en una cadenilla que une el pico del ave con la base del recazo. La cabeza de ave se estiliza a medida que avanza el tiempo y de pronto se transforma en la cabeza de un caballo con guarda de barra, siendo ésta la falcata típicamente ibérica, pues fuera de las encontradas en nuestra Península, son raras las aparecidas en otros países. Sus hojas curvas, con filo en el interior a todo el largo y aguda punta, con fuertes vaceos y empuñaduras ricamente decoradas, nos recuerdan la técnica de las actuales armas de corte y tala.

Otra espada ibérica notable de esa época, es la «gladius Hispaniensis», de características totalmente distintas y de origen norteño: hoja recta y larga, con cuatro mesas y dos filos en toda su longitud (que llega hasta los 80 cmts. en algunos ejemplares) y empuñadura de cruz. Este tipo de arma brilló hasta el final de la Edad del Hierro, y al parecer es la que copian los romanos, distinguiéndose entre ellas dos tipos, las de frontón y las doble globular, por lo que se refiere a sus empuñaduras.

El nombre de espada, se deriva al parecer, según Diodoro Sículo, de la voz céltico-española «spatha», y referente a su calidad, veamos lo que a este respecto dice un historiador: «Tito Livio dice que la falange macedónica se sobrecogió de espanto al ver los efectos causados por las espadas españolas, pues acostumbrados a combatir con los griegos e ilirios, no habían visto nunca separados los troncos, los brazos y las cabezas, como sucedía con aquellas espadas de hoja ancha, larga y puntiaguda y con dos filos. Su temple lo vemos celebrado por Justino, que dice era admirable el que le daban en los ríos Bilibis y Chátive, hoy Cheiles, según Zurita, cerca de Tarazona.»

La constante preocupación del guerrero es, oponer a las armas ofensivas del enemigo, elementos defensivos: aparecen las rodellas y escudos, y entonces se hace preciso aumentar el peso y la robustez de la espada, apareciendo la «rambha», más corta, de punta menos aguda y mucho más robusta, pero con dos filos...

Pocos más datos precisos se encuentran sobre el particular, ya que el estudio de las armas existentes en los museos y las que



Empuñadura de falcata ibérica.

Existente en el Museo Arqueológico Nacional.
Obsérvese los bellos damasquinados en plata.

(Grabado del autor).

se observan en bajorrelieves y pinturas, demuestran una anarquía absoluta, sobre los modelos usados, cosa que no es de extrañar, ya que por entonces los ejércitos no estaban organizados de una forma regular y cada soldado portaba a la liza las armas propias de que disponía o cogía al enemigo.

La Edad Media, Edad del esplendor de la espada

En esta época de la Historia, es cuando la espada, y en particular la espada toledana, llega a su máximo esplendor: se alarga hasta llegar y sobrepasar las dimensiones de nuestros tiempos: se aguza y afina, y en su empuñadura aparecen, tras la cruz, los gavilanes, guardamanos, lazos y cazoletas.

Las corrientes en esta época son: las de «cornadillo», las de «marca» (dimension), de cinco cuartas, también llamada «ronfea», la «lobera», de la época de San Fernando, si bien la palabra «lobera» no tiene, como erróneamente se ha creído, un significado relacionado con el lobo; este tipo de espada, es repetido en inventarios y citas de la época, siendo al parecer, una espada para ceñir con determinado traje, llamado «loba». La «ropera», espada de ceremonia; la «flamante» o «flamígera», tan conocida, con su hoja ondulada; la «cinta» y el «verdugo», sumamente estrechas; la «jineta» o «ceneta», propia del jinete y de origen árabe; la «papagorja», de ancha hoja, y la «sabla», curva y procedente de Oriente, etc.

En el siglo XIV y XV, ya se fabrica con el sólo fin de herir de punta y con dos filos, pero aún sigue siendo fuerte y sólida; así fueron, como puede comprobarse por los ejemplares existentes en los museos y los grabados, las espadas de los conquistadores. Por cierto que en el Nuevo Mundo, era totalmente desconocida este arma, como lo prueba el hecho de que «habiéndole presentado una espada a un cabecilla indio, la empuñó por la hoja, produciéndose un profundo corte en la mano».

En los siglos XVI y XVII, siglos sin par para nuestra Historia, surge la esgrima española, que tantos laureles había de cosechar para el engrandecimiento del imperio mayor del mundo.

Se convierte en arma de defensa personal, y se ciñe constantemente con gallardía, y sin el disimulo taimado de la daga, el

cuchillo o la moderna pistola. Empieza ser objeto de regalo, de reyes a capitanes y de papas a soberanos. Buena prueba de ello son los magníficos ejemplares que existen de los llamados «estochos pontificios», espadones simbólicos, ricamente adornados. Empieza el arte a volcarse, materialmente, en ellas: gavilanes cincelados, cazoletas caladas como encaje, ataujias, piedras preciosas y delicados esmaltes, verdaderos joyeles ricos y artísticos, donde los espaderos y orfebres nos han dejado muestras inimitables de su fecundo arte.

Fina y aguda como una aguja, manejada por los brazos de aquellos diestros caballeros, ha dejado tras sí miles de leyendas, poesías y aventuras, ensartadas en su flexible hoja.

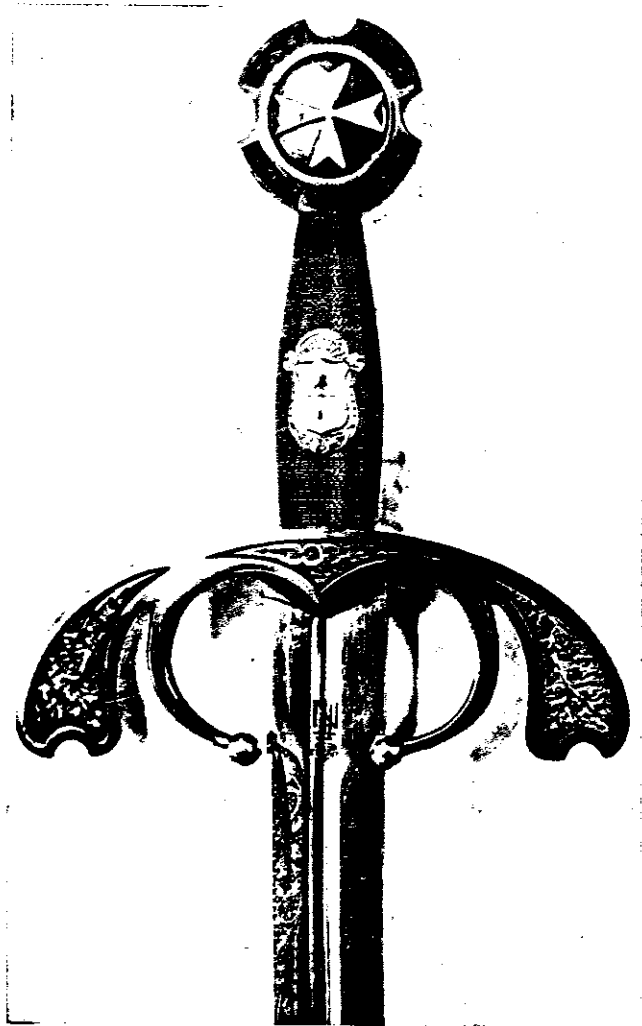
Como armas guerreras, o lo que hoy llamaríamos «de reglamento», se usaron por entonces el «terciado», de menos longitud que la marca; el estoque, largo y muy fino, generalmente de sección triangular; el «montante» o «mandoble», espada de dos manos, de grandes dimensiones, para usar a caballo contra los armados, y de aspecto más imponente que práctico.

Y para cerrar tan brillante época, aparece la sin igual «tizona», acompañada del chambergo y la capa, tan gallardos y tan genuinamente españoles; en las calles y callejas, en la tierra y en el mar, en los salones y las batallas, llenaron con sus acciones temerarias todo un siglo de literatura.

Empieza la decadencia de la espada con la aparición de las armas de fuego portátiles. En el uso personal, deja de ser arma para convertirse en símbolo de jerarquía, si bien sigue siendo un joyel. Como arma guerrera, sufre notables transformaciones, hasta terminar en el sable y la espada de ceñir; el primero, como arma para emplear principalmente en el corte, siendo hoy el único vestigio que queda de aquel arma bella; y la segunda, como emblema de caballeridad, tanto en la vida castrense como en la civil.

Hoy, prácticamente, su uso queda relegado a la deportiva esgrima, ya desaparecido el absurdo duelo, conservando las tres modalidades del florete, la espada y el sable.

Pero nuestro pueblo, tan pródigo en costumbrismos y tradiciones y tan abundante en contrastes, aún conserva en su primitivo uso, o sea «herir de punta», como hace siglos, una espada única, absolutamente nuestra, que a pesar de vivir la era del



Hoja grabada.

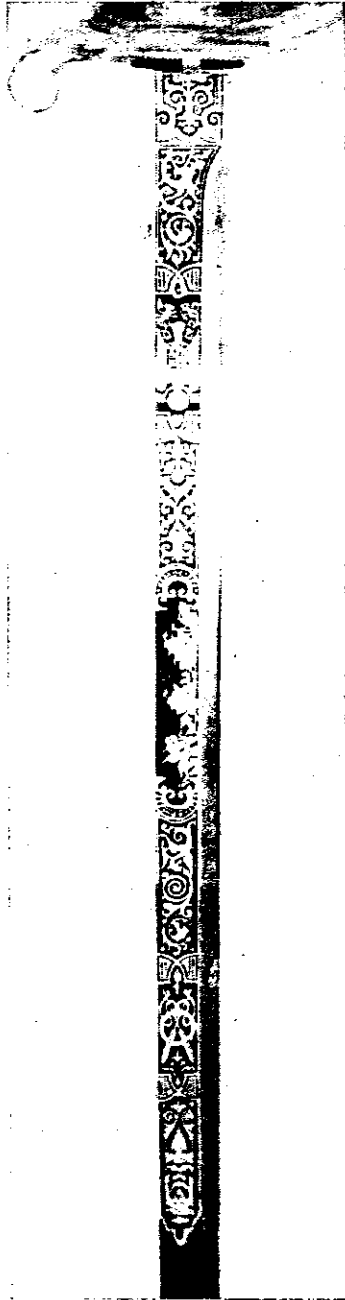
Copia de la espada llamada «de Isabel la Católica», con esmaltes.



Hoja de sable cincelada.

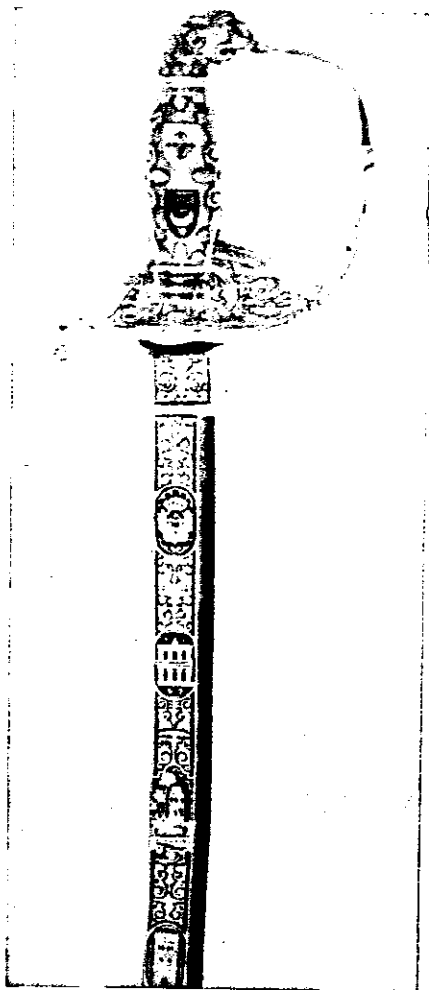
Representa el cruce del Estrecho de Gibraltar por las Fuerzas Nacionales,
bajo la protección de Ntra. Sra. de África.

(Cortesía de la F. N. T.)



Hoja de sable damasquinada.

(Cortesía de la F. N. T.)



Hoja Jamasquinada.

Rica empuñadura en oro cincelado, con esmaltes y pedrería.

(Cortesía de la F. N. T.)

átomo, perdura en su pureza ante la admiración y el respeto de los extranjeros: me refiero al estoque torero, espada cien por cien, empleada con destreza y arrojo; arma que aún pregona al Universo la virilidad de la raza más gallarda: la española.

La fabricación de espadas en Toledo

Hasta el año 1500, escasos son los datos que he podido encontrar, sobre esta actividad artesana, en nuestra ciudad. Se sabe que las principales ciudades españolas que florecieron en la espadería, fueron: Avila, Badajoz, Bilbao, Calatayud, Córdoba, Cuéllar, Madrid, Mondragón, Orgaz, San Clemente, Sevilla, Valladolid, Zaragoza, etc.; pero entre todas, como estrella señera, destacó Toledo, que tal vez fuera la más antigua en construirlas.

De la antigüedad de esta industria en nuestra ciudad, tenemos varios testimonios; el más antiguo de ellos, es el de Graciano Falisco, escritor de la época de Augusto, que en su obra «De Venatione Gratii, Cinegetii...», dice así: «Imo toletano praecingant ilia cultro»; o sea: «con legítimo cuchillo toledano, ceñiré la cintura...»

Otros no menos valiosos, son las múltiples alusiones que el gran Mariana hace en su «Historia» a las buenas hojas toledanas.

El primer gran impulso dado a la espadería en Toledo, se lo debemos al gran Abedrramán II, monarca de grata memoria para todos los que amen a Toledo. Pero cuando empezó el verdadero auge de la espada toledana, fué en los siglos XV y XVI, llegando a su cénit con la aparición del maestro de maestros, Alonso de Sahagún, el *Viejo* (1570), cuyas hojas eran solicitadas en toda Europa. Este coloso de la espadería, fué la cabeza señera de aquella pléyade de artífices, de los que citaremos, entre otros, a Hortuño y su nieto Nicolás (1604 y 1637); Almán (1550); Lope Aguado (1560); Tomás de Ayala (1625); Sebastián, el *Viejo*, y el *Mozo* (siglo XVI y 1637). Las cuatro generaciones de los La Hera. Martínez, el *Viejo* (1520). Los hijos y nietos de Sahagún; los Tijereros; Juan Toledo, y muchos más que no apunto por no alargar esta lista de magníficos artesanos, y cuyos nombres, juntos con los cuyos que empleaban en sus marcas, se hayan registrados en el Ayuntamiento.

Muchas son las pruebas que, tanto en la historia como en la poesía, se encuentran pregonando la fama de los aceros toledanos. Citaré algunas:

Dice Rodríguez del Canto, escritor del siglo XVIII:

«Las fábricas de Damasco y Fez, las de Reims, Toula y Solingen, no han podido jamás, ni hoy pueden semejar siquiera, el temple de nuestras espadas toledanas, y sólo lo han conseguido, si acaso, en la falsa marca que de las toledanas hojas sacaron algunas de aquéllas».

Leguina, en su obra *«La Espada»*, apunta:

«Llegó la espada a ser el arma característica española, conservando merecido aprecio las famosas de Toledo, de donde procedieron las renombradas hojas «Lealtad Toledana» y «Sueño del Soldado», y las muchas en que se leía: «No me saques sin razón, ni me envaines sin honor», dignas continuadoras de la gloria obtenida por la espada ibérica».

También he encontrado un buen testimonio de la fama del maestro Sahagún. El Fénix de los Ingenios, por boca de su personaje D. Alonso, en su obra *Las Flores de D. Juan*, dice:

ESPADERO..— ¡Vive Dios que es un diamante!

D. ALONSO.— Aún el diamante es común

Que espada de Sahagún,

No ha de tener semejante.

En el siglo XVIII, con la implantación de las modas afrancesadas, se inicia la decadencia en todas las manifestaciones artísticas, y, como no, la espadería, aumentada por la aparición de las pistolas.

Como es natural, Toledo no pudo sustraerse a esta decadencia, hasta que Carlos III, en 1761, resucitó esta industria, encomendando a D. Luis de Urbina que reuniera en una fábrica a los maestros espaderos matriculados en Toledo, encontrándose don Luis con la sorpresa de que no había en Toledo nadie que mereciera ese título, teniendo que recurrir a un octogenario valenciano llamado Luis Calixto, que a las órdenes del Capitán de Caballería D. Miguel de San Gil, organizó la primitiva Fábrica de Espadas de Toledo, en una casa de la calle de Núñez de Arce, donde posteriormente estuvo Correos.

Sin duda, por no ser sitio adecuado o por necesitar ampliación

nes, encomendó S. M., al General Sabatini, buscar un sitio en las proximidades del río, y próximo a Toledo, para levantar una fábrica de nueva planta.

Con tal fin se compró la llamada *huerta de la Caridad*, el 5 de Noviembre de 1777, en 32.489 reales, en donde construyó la nueva fábrica, y que es el edificio principal de la actual. Los talleres se trasladaron al nuevo edificio en 1781, aunque la obra no se terminó hasta Julio de 1783.

Tanto el emplazamiento como el edificio, no fueron del agrado del Monarca, como así se lo manifestó a Sabatini cuando vino a entregárselo al Real Cuerpo de Artillería. El emplazamiento, para la época, es discutible, pero no así el edificio, que tiene más de monasterio que de establecimiento fabril.

A partir de esta fecha, la espadería toma ya un carácter totalmente industrial ajeno a este trabajo, y la Fábrica de Armas, bajo la dirección de los Artilleros, y hoy, por sucesión, de los Ingenieros de Armamento, crece y se transforma al ritmo de los adelantos industriales, convirtiéndose en un centro fabril cada vez más técnico y moderno, dejando por ahora de tener interés bajo el punto de vista histórico. No obstante, es hoy el único establecimiento de este tipo que mantiene en pie el prestigio del acero toledano, como lo demuestra el hecho de fabricarse continuamente sables y espadas para el extranjero.

El por qué de la fama de las hojas de Toledo

En toda época, un artículo manufacturado, por mucha propaganda que de él se haga, sólo triunfa cuando cubre perfectamente las necesidades para que ha sido concebido, y esto es lo que ocurrió desde un principio con las hojas toledanas. La espada, para ser buena, necesita ser ligera, nada quebradiza, dura y flexible. Estas condiciones tan dispares sólo puede reunir las más que un buen acero convenientemente tratado.

No vamos a extendernos en disquisiciones sobre lo que es un temple, por ser materia ajena a este trabajo; pero lo que sí decimos es que hoy, toda la técnica de los tratamientos térmicos, así como sus propiedades, son perfectamente conocidas y controladas, pero en aquellos tiempos la cuestión era muy distinta: la

práctica de estos conocimientos es el verdadero mérito de aquellos artesanos.

La materia prima la tenían excelente: emplearon lo que ellos tenían por hierro, que hasta el siglo XV se sacaba de una mina inmediata a Mondragón, y al agotarse ésta, el hierro, casi acero natural, de la famosa mina de la Peña de Udala, en Gipúzcoa.

La escala de temperaturas la conocían por el color del acero candente, y el temple, por lo general en agua, tenía sus «secretos»: la forma de introducir la hoja en la tina, la manera de agitarla dentro del agua, e incluso algunos, echaban algún raro producto de misteriosos efectos, en el agua. Todo esto constituía sus secretos, así como la duración de la inmersión, lo que se contaba por medio de oraciones, coplas o poesías alusivas al oficio.

Como anécdota curiosa sobre la práctica del temple, expongo a continuación la forma en que, según un manuscrito encontrado en las excavaciones de las ruinas de la milenaria Tiro, empleaban aquellos espaderos. El profesor alemán Eulenspiegel lo traduce así: «El gran Dignatario suministrará un esclavo etíope robusto, al cual sujetarás boca abajo en el altar del dios Bal-hal... Entonces el maestro forjador, después de haber martillado la hoja en frío hasta dejarla con un filo suave y fino, la introducirá en el fuego de carbón de cedro, sacándola y metiéndola en el hogar con movimiento lento y acompasado, recitando mientras la oración al dios Bal-hal, hasta que el acero tome el color rojo del sol levante cuando éste ha salido del desierto hacia Oriente. Entonces, y con rápido impulso, la pasará seis veces desde el talón a la punta, atravesando con ella las partes más carnosas de la espalda y muslos del esclavo. Quedará así la hoja de color de púrpura de rey, y la probará el maestro cortando de un solo golpe la cabeza del esclavo. Si sale hoja sin que resulten en ellas grietas o abolladuras en su filo, y si se le dobla alrededor del cuerpo de un hombre hasta que se toquen talón y punta sin que se rompa, entonces se habrá logrado un arma perfecta y digna de consagrarse al servicio del dios Bal-hal.»

La práctica para conocer si una hoja tenía «pelos u hojas» (ambos defectos peligrosos para un arma de este tipo) era enorme, llegando en este punto a adelantarse en varios siglos a lo que hoy, técnicamente, se llama «envejecimiento». A este respecto dice Rodrigo del Campo:

«Los fabricantes antiguos de espadas, para sacarlas finísimas, paraban el hierro en barras o láminas, escondiéndolas o enterrándolas en la tierra, en la que se consumían con el tiempo las partes débiles, flojas o porosas, y luego, de las más depuradas y sólidas, hacían las buenas espadas».

La práctica durante varios siglos, la transmisión de fórmulas, consejos y «secretos» de padres a hijos y de maestro a discípulo, así como un honrado pundonor profesional, hizo de Toledo un coto cerrado del noble oficio de la espadería, que tuvo como premio esa fama y ese renombre universal de que siempre, incluso ahora, han tenido y tienen los aceros toledanos.

Hasta hace poco tiempo, no poca parte de esa fama se la ha llevado el viejo Tajo; siento defraudar a algunos, especialmente a los poetas, pero esa influencia es pura fantasía.

Si conviene apuntar en honra a nuestros viejos artesanos un invento netamente toledano; el hombre, a medida que su enemigo fortalecía el arma ofensiva, ideó para oponérsela un elemento defensivo: la coraza. La espada, entonces, fué preciso hacerla más robusta y dura, capaz de soportar el golpe contra los arneses. Pero llegó un momento en que el tamaño y peso del arma era tan excesivo, que no era posible su manejo. Entonces, un viejo espadero toledano, cuyo nombre no nos ha llegado, ideó una espada, que sin perder su dureza, aumentó en resistencia al golpe y con la ventaja de la disminución de peso: la espada con alma de hierro dulce, generalmente de herraduras.

Cogían el alma de hierro y a ella le soldaban en fragua dos «tejas» de acero, a todo lo largo; después lo batían, hasta darle las longitudes y gruesos requeridos. Esta operación, al parecer tan sencilla, aún hoy, con los dominios de la técnica, es muy difícil de realizar, y sin embargo, ellos lo hacían a la perfección. Este procedimiento fué copiado en el extranjero y, hasta fines del pasado siglo, se practicaba en la Fábrica Nacional. Lástima es que no perdure.

En el adorno de las cruces, lazos, gavilanes, cazoletas y vainas, verdaderos artífices, hicieron derroche de su arte sin igual; grabados, cincelados, incrustaciones, calados como encajes, esmaltes y pedrerías, se disputaban la primacía. Y ya que viene a cuento, y sin con ello querer herir la susceptibilidad de nadie, hablemos algo del damasquinado en las armas blancas y su pro-

cedencia, que tanto se discute en estos tiempos. En la rebusca para componer este modesto trabajo, he encontrado dos citas de absoluta solvencia e interés histórico. La primera, tomada de *La Noticia Histórico-Descriptiva del Museo Arqueológico Nacional*, editada en 1876, dice así hablando de las espadas toledanas de corte: «Todas las partes de la empuñadura eran adornadas con relieves, grabados finos, damasquinos y esmaltes finísimos»...

La otra, corresponde a otra obra editada en Madrid en 1871, y de la que es autor D. Manuel Rico y Sanobas. En ella dice, refiriéndose a la espadería española: «Como los venecianos y con Damasco, surtía con sus armas damasquinadas las costas de Marruecos, las Indias, y, más tarde, los lugares de América, en que estableció su civilización».

Pero aún hay más: en el Museo Arqueológico Nacional, existen ejemplares de facaltas ibéricas y cuchillos de la cultura de Las Cogotas (siglos IV y III a. de J. C.), con finísimos damasquinos de plata y cobre, aunque, como es natural, no con la técnica de hoy, pero no por ello con menos perfección y belleza.

Estas y otras muchas citas más que se podrían hacer, demuestran claramente que los espaderos toledanos conocían el damasquino antes de que en 1865 se «descubriera» en una armadura de la Real Armería.

Y he aquí, ilustres Académicos y amigos, lo que he podido recopilar sobre esta magnífica artesanía que, hoy como tal, puede decirse que no existe. Su fama, su gloria, tan íntimamente ligada a esta histórica ciudad, ya nos llega como el perfume de una flor marchita, o como el eco de un canto lejano; que este modesto trabajo renueve, en los que me escuchan, los recuerdos de triunfos pretéritos que, para el engrandecimiento de España, ganaron sus hijos manejando con destreza, con sus férreas diestras, las viejas y magníficas espadas toledanas.

HE DICHO.



CONTESTACIÓN

DEL NUMERARIO

D. JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

EXCMAS. E ILTMAS. AUTORIDADES:

SEÑORES ACADÉMICOS:

SEÑORAS, SEÑORES:

Al escuchar con atención arrebatada el interesante discurso que acabamos de oír sobre la «Espada Toledana», se ha filtrado por entre el ramaje de nuestra sensibilidad un ineludible aire de romanza y unas grandiosas posibilidades para una epopeya que aguarde inspiración valiente y arrebatos de gigante.

La Espada Toledana... Militar, toledano e ingeniero de armamento en esta Fábrica Nacional de Armas, el comandante don José Relanzón estaba casi obligado a hacernos la historia de la noble artesanía, que hizo famoso en el mundo, como otra gloria más de ella, el nombre de Toledo. La espada, fiel de la Justicia (aunque muchas veces ha servido, como todos los instrumentos temporales, para perpetrar contumelias), sigue siendo un símbolo, porque ha escrito con la grafía cruenta de generaciones y generaciones sobre la geografía ecuménica la historia de la humanidad desde la Edad prehistórica del hierro hasta muchos siglos después de la aparición de las armas de fuego. La espada es y sigue siendo signo de nobleza; pieza esencial del caballero que la recibe como algo sagrado que es necesario llevar siempre con honor. Si en los escudos se representan cuarteles de limpieza y de conquista, fué con la espada y el desnudo como esos cuarteles se ganaron, en cumplimiento de unas consignas escritas en su hoja, consignas con cuya antología se podría constituir una colección de los ideales del caballero: «Pugna pro patria», «pro aris et focus», «nec temere nec timide», etc.

Toledo se conquistó desde muy antiguo la más resonante celebridad. Ya en el período romano hemos visto alusiones cumplidas al temple de las armas aquí trabajadas, y aunque los textos



no son copiosos, todavía pueden resucitarse bastantes, capaces de anudar la mejor tradición. Sólo en los últimos años del siglo XII, por ejemplo, el testamento de Domingo Antolín, alcalde de Toledo, determina que su espada sea legada, como arra de su espíritu, a su fiel servidor Miguel Ibáñez, al que hace también heredero de su coraza, del casco de metal, de la mejor lanza que deja el testador, de su escudo y de las calzas de hierro. Espada que posiblemente fué hecha en el taller que el mozárabe Pedro ben Said poseía junto a la iglesia de San Lucas.

Con erudición, claridad y perfecto dominio de la materia, nos ha hablado el Sr. Relanzón de formas, nombres y técnicas. Más que a la contemplación de una panoplia inerte, nos parecía asistir a un desfile donde las hojas bruñidas de las espadas, heridas por el sol de la historia, refulgían abriantadas, porque esas armas se hicieron para la lucha y su empuñadura fundió en un momento preciso el acero con la sangre y el corazón. He insinuado antes que la espada toledana es tema desbordante para una epopeya todavía inédita; en ese canto épico, los aceros templados por las aguas del Tajo (que aunque como nos ha dicho, estas aguas no constituyen el secreto de la fama, lo cierto es que con sus aguas se templaron), la hoja toledana sería la heroína de mil lances grandiosos, y si Toledo hubiera carecido de esta industria, ¿qué quedaría de tantas leyendas y poemas y hazañas prodigiosas? Acero toledano en manos de Garcilaso, y en las del Duque de Alba, aquel Alvarez de Toledo, que en Italia, Mulbert, los Países Bajos y Portugal, supo escribir con su espada las mejores páginas de nuestra mejor historia militar; espadas toledanas en los capitanes del ejército equipado por Cisneros y que conquistó Orán. Pero, a mi modo de ver, la más egregia victoria de ella fué allá en Pavia, cuando Francisco I, el rey galante prisionero, hizo entrega de una espada que llevaba como marca «Antonius me fecit», ante Carlos V, que ceñía victorioso su espada, la que guardó hasta el último momento, que conservó hasta en su retiro de Yuste, y que todavía presenta en su hoja la marca de Ioannes en Toledo.

Todos estos episodios y mil más han revivido en esta magnífica disertación recién leída. La Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, en cuyo nombre hoy tengo el honor de contestar, se ha confirmado en el acierto que ha tenido

en la elección y en el nombramiento del beneficiario. La medalla que ahora se le concede como Miembro de esta Corporación es, al mismo tiempo que una distinción otorgada al neacadémico, un regalo que con tenerle entre sus numerarios la Academia misma se hace.

Porque el comandante Relanzón se la tenía muy merecida. Nacido en Torrijos, número 1 de su promoción, la del 1929, en la Academia de Artillería de Segovia, comenzó en seguida a desplegar sus ya manifestadas aficiones pictóricas y literarias. De esta primera época datan sus artículos e ilustraciones, sobre todo en los periódicos «El Pueblo Gallego» y el «Faro de Vigo».

Optimista por temperamento, trabajó en sus dibujos la caricatura y el humor, que jamás ha perdido ni en los momentos más serios y trágicos. Encarcelado por los rojos en la pasada Cruzada de Liberación, recogió durante los integrales ocios carcelarios escenas y apuntes del ambiente, realizando una colección de cuadros llenos de interés que le merecieron el primer premio, el del Caudillo, en la Exposición de Trabajos de Ex-cautivos celebrada en Madrid a la terminación de la guerra: galardón que le fué otorgado por el Jurado exigente presidido por D. Mariano Benlliure. Ya años antes había celebrado en Pontevedra otra Exposición de caricaturas.

Después le hemos visto trabajar en Toledo. Fundador, animador y colaborador de toda empresa de la Asociación «Estilo», ese cauce donde vierten las aficiones artísticas de los toledanos, y que presenta a los asociados oportunas ocasiones de manifestarse, ha visto enriquecidas sus Exposiciones con los merítisimos trabajos que llevan como firma, simulando una bandera desplegada, las iniciales J. R. En la revista «Ayer y Hoy» y en «El Alcázar», han aparecido artículos suyos, unas veces firmados y otras con seudónimos, donde ha hablado de lo que hoy ha sido tema de su discurso de ingreso, y de José María Sert y de la Pintura al fresco. El género del cartel ha sido cultivado con preferencia, y en los años que lleva residiendo en Toledo hemos admirado sus intuiciones y aciertos para sorprender aspectos inéditos y siempre superándose en belleza y originalidad de nuestra procesión del Corpus y de la opulenta Custodia toledana.

Esta medalla de académico, como veis, es un premio, pero es también un estímulo y una herencia. Un estímulo, porque aunque

su fruto es granado, sus cualidades obligan a esperar más de él. Sabemos que puede hacer más, porque tiene dotes para llevar a cabo una obra abundante de caballete y de composición que, hasta el presente, atraído por la captación del momento, ha renunciado a hacer, pero no dudamos que romperá con la comodidad que supone el trabajar siempre impulsado por cosas que para sus facultades le resultan demasiado fáciles. Además, esperamos que con su visión de los problemas, con la agudeza de sus criterios y con su fino sentido artístico, nos ayudará a resolver los problemas con que a veces esta Academia se enfrenta, y que son problemas de este Toledo, contra el que tanto se confabulan las inclemencias del tiempo y... a veces también los intereses y la incomprensión de los hombres.

Y, finalmente, yo veo en este nombramiento un legado. Cuando en el 1918 se creó esta Real Academia, figuraba entre los fundadores D. Juan Pedro García-Criado. Su retrato, como el de los otros que realizaron tan loable fundación, preside a guisa de friso alentador nuestra sala de reuniones ordinarias. El Sr. García-Criado fué abuelo materno del comandante Relanzón, y la medalla y el sillón de académico guardan todavía para él un poco de calor familiar y un aliento para continuar la obra por él comenzada. «A orillas del Tajo» tituló el Sr. García-Criado su colección atrevida, vibrante y polémica de artículos y ensayos sobre Toledo y sus valores; en su prosa apologética brilla un fulgor de acero toledano manejado con brio y habilidad. Hoy su nieto, que a orillas del Tajo fabrica aceros de renombre mundial, hereda por sus méritos como un patrimonio familiar bien conseguido aquel lugar de académico un día vacío, y la Real Academia, al dar la bienvenida al Sr. Relanzón, tiene la seguridad de que los lauros adquiridos por el antecesor se aumentarán con los méritos y valores de este segundo académico de la dinastía García-Criado.